



## Nota editorial

### Editorial Note

**E**n 1924 Ernst Friedrich publicó el libro de fotografías *Krieg dem Kriege!* (*¡Guerra a la Guerra!*), una denuncia inédita de las consecuencias reales de los conflictos bélicos. La Primera Guerra Mundial había dejado una experiencia difícil de procesar –incluso de contar, como analizaría tan bien Walter Benjamin–, y Friedrich quería dar luz a una parte silenciada de ese trauma colectivo, construir un relato de la crudeza del conflicto, pero no en tanto cuantificación de vidas perdidas y ciudades devastadas. El impresionante recorrido que elaboraba en su libro estaba sostenido a partir del montaje entre cientos de fotografías procedentes de archivos militares y médicos que mostraban a algunos sobrevivientes completamente desfigurados, y fragmentos de los discursos nacionalistas y triunfalistas que habían sostenido e incentivado el apoyo de la opinión pública. No hay forma de conciliar las aspiraciones heroicas de esos textos con los cuerpos amputados, quemados, deformados de aquellos que, impulsados por la propaganda patriótica de los gobiernos y de los medios de comunicación, habían visto la guerra de primera mano. La precariedad de esos cuerpos se impone sobre los discursos, los pone en crisis y desarma la prohibición de hablar y mostrar que imperaban en la prensa.

Dos guerras acosan nuestra cotidianidad este marzo del 2022: una cumple 40 años y nos toca tan de cerca a los argentinos que es difícil naufragar por los sentidos que la memoria (y el olvido) oficial ha querido darle; solo decir que se conjugan en ella palabras que siempre hay que tomar con precaución y distancia crítica, como patriotismo, épica, soberanía, heroísmo. Frente a ellas, recuperemos el sentido humano, aquellos que esperaron décadas para ser identificados, aquellos que volvieron y fueron recibidos por una sociedad silenciosa, aquellos que aún hoy no pueden contar su experiencia sin quedar atrapados en una puja por el uso político de la memoria. Frente a ellas, de nuevo el arte nos ofrece espacios para complejizar los discursos gubernamentales y periodísticos, como lo hace *Campo Minado*, de la escritora y directora Lola Arias, cuando nos muestra un diálogo y una convivencia que nos dijeron imposible en el contexto Malvinas.

Otra guerra se encuentra al otro lado del mundo –tanto que para la mayoría resulta difícil imaginarla–, sin embargo, ha hecho temblar las pocas seguridades que este siglo XXI nos había dado, no porque desconozcamos que las personas siguen siendo asesinadas diariamente en conflictos bélicos, sino porque muchos creíamos que habíamos alcanzado cierta madurez como colectivo y que no era posible un conflicto a esta escala. Recientemente condenada por la Corte Internacional de Justicia, nos recuerda lo precario de la vida, lo poco que vale cuando la propaganda nacionalista se impone. ¿Cómo llegamos a esta circunstancia?



Lejos estoy de comprenderlo; solo sé que veo repetirse como ecos sombríos las mismas estrategias que permitieron tantas pérdidas en el siglo XX: la censura de los medios, el control de la palabra y las representaciones, la prohibición de manifestaciones públicas y de la mostración del horror de lo que nos estamos haciendo como seres humanos.

El derecho de representación de las personas, de las diversidades, de los pueblos, es la cuestión central. Las preguntas que George Didi-Huberman se hacía en 2009 –“¿Dónde hallar la palabra de los sin nombre, la escritura de los sin papeles, el lugar de los sin techo, la reivindicación de los sin derechos, la dignidad de los sin imágenes? ¿Dónde hallar el archivo de aquellos de quienes no se quiere consignar nada, aquellos cuya memoria misma, a veces, se quiere matar?” (30)– tienen hoy la misma vigencia. ¿Qué hubiera sido de Higua sin el activismo de los colectivos LGBT+? ¿Qué hubiera sido de todos nosotros sin el valor de las madres y abuelas de pañuelos blancos que salieron con sus rondas a reclamar por sus seres queridos y a mostrar lo que nos estaba pasando? Tomar la palabra, tomar los espacios, hacerse una imagen no es simple estrategia, es un derecho. En algunos días, después de dos años atroces, en Argentina haremos uso pleno de ese derecho marchando de forma masiva.

El dossier 24 resuena fuerte en este contexto. Creo que no existe conflicto armado que no haya iniciado en el terreno discursivo con la constitución de un enemigo, con la persecución y el silenciamiento de las disidencias, con la deshumanización de aquellos que son diferentes. Si bien es difícil evadirse de las grietas que se elaboran (porque son funcionales, porque simplifican la profunda complejidad de nuestro mundo, porque, en última instancia, son cómodas), “Quitar/tomar la palabra: censura, prohibición y clandestinidad en la literatura y la edición” tiene la gran lucidez de conjugar una serie de investigaciones que nos muestran que la resistencia al control de la palabra por parte del poder es posible. Amandine Guillard y Laura Maccioni han hecho un trabajo meticuloso para hablarnos de esas experiencias, las cuales se proyectan necesariamente en nuestro presente. La voz encuentra su cauce de múltiples formas –cartas clandestinas, archivos de escritores, memorias, testimonios, prácticas artísticas de socialización y elaboración terapéutica del trauma, revistas digitales que escapan al control estatal–, pero fluye con la fuerza suficiente para poner en crisis las polaridades dicotómicas de los discursos hegemónicos.

Este número también incluye en nuestra sección habitual de artículos misceláneos inteligentes reflexiones sobre dispositivos contestatarios (en la película mexicana *Vuelven*), estrategias de resistencias a la violencia de género (en la novela *El trabajo*), recuperación de vivencias del migrante (en *La crisálida* y *La tierra incomparable*), la interrogación sobre lo viviente (Bellatin y Nuno Ramos) y la revalorización del desecho (*La luz difícil*). Finalmente, además de las reseñas académicas de libros que también nos ayudan a reflexionar sobre el posicionamiento político de la palabra y la literatura, incluimos una entrevista al escritor uruguayo Fabián Severo, realizada por Evelyn Susana Amarillas Amaya y Felipe Hernández Vallejo. En su diálogo sobre la novela *Sepultura* (2020), la dimensión humana, al igual que en todo el número, se impone ya que ofrece la palabra a un pueblo violentamente silenciado y dividido.

En esta línea –recuperar zonas desconocidas y mostrar la posibilidad de otro recorrido– está la imagen de Juan Pablo Nario, nuestro fotógrafo de este número. Este año quisimos retomar a

nuestra hermosa ciudad, como hicimos ya en el pasado, mostrar sus rostros menos conocidos. Si bien esta revista es digital y nos lleva de la mano de las palabras de nuestras autoras y autores a geografías lejanas (reales e imaginarias), nuestro equipo editorial y nuestra queridísima casa, la Universidad Nacional de Mar del Plata, tienen una radicación real que queremos destacar. Por eso en 2022 serán de nuevo para ella nuestras tapas. La foto de Nario, “Horizonte solar”, nos cautivó desde la primera visión no solo por esa conocida y trabajosa loma tantas veces transitada, sino porque sabemos qué hay detrás de ella: detrás del esfuerzo, una luz amable que nos recibe.

Agradecemos a Juan Pablo, así como a Valeria González, quien nos hizo la edición de tapa, y a Carlos Daniel Leonardo, por los logotipos.

Agradecemos también a los colegas que han colaborado en este número como evaluadores. De instituciones muy variadas –Universidad Nacional de La Plata, Universidad Nacional de las Artes, Universidad Nacional de Tres de Febrero, Universidad de San Andrés, Università degli Studi di Salerno, Universidad Ca’Foscari de Venecia, Universidad de Buenos Aires, Universidad Nacional Autónoma de México– queremos destacar a: Luz Horne, Julia Kraje, Paula Daniela Bianchi, Margherita Cannavacciuolo, Rosa María Grillo, Paola Cortes Rocca, Silvana Flores, Siboney Obscura Gutiérrez, Graciela Goldchluk, Simón Henao-Jaramillo y Mario Cámara.

Por último, este número también es especial para nosotras. La familia de ETL, en su décimo onceavo aniversario, sigue creciendo y damos la bienvenida a nuestros nuevos miembros. Algunos siguieron su camino –aunque no estén en el trabajo diario, seguirán con nosotras con su inteligencia y generosidad de tantos años–, otros se sumaron a este trabajo editorial, muchas veces no reconocido, tantas veces ignorado. A todos ellos, los que siguen, los que se van y los que se suman, mis más sinceros agradecimientos. Esta revista existe por ustedes.

Virginia P. Forace  
Mar del Plata, marzo de 2022